

El Imperio Otomano y Europa en el siglo XIX

De la cuestión de Oriente a la cuestión de Occidente

FRANÇOIS GEORGEON*

A

lo largo de toda su historia, o casi, el Imperio otomano ha estado presente en el continente europeo. Por ello, ha vivido siempre en contacto inmediato con países europeos: éste es un dato fundamental de su historia que la distingue de la de grandes civilizaciones extra-europeas, como los mundos indio, japonés o chino. En la práctica, desde su aparición en la escena de la Historia, los otomanos han estado confrontados al “otro” europeo. Lo mismo que la amenaza otomana ha jugado un papel determinante en la historia de Europa —hasta el punto de que algunos quieren ver en ello el origen de la idea misma de la unidad europea—, igualmente, para los otomanos, la cohabitación en Europa y con Europa, ya sea cristiana, capitalista o imperialista, ha sido decisiva. ¿Cómo mantenerse en semejante vecindad? Tal ha sido la cuestión para los otomanos.

Esta cuestión ha comenzado a complicarse en el siglo XVIII con la expansión rusa hacia Crimea, los Balcanes, los estrechos y los mares calientes. La geografía y la historia han hecho que el Imperio otomano cerrara la ruta a las ambiciones del Imperio de los Zares. Para los otomanos, la gran cuestión del siglo XIX —y hasta la Primera Guerra Mundial— ha sido la cuestión rusa. Las dos fechas que encuadran lo que pudiéramos llamar el “largo” siglo XIX otomano, 1774 y 1914, señalan guerras contra Rusia; entre esas fechas otros cinco conflictos armados se habían producido con el gran vecino del Norte. Fue el zar Nicolás I quien, en 1853, lanzó la fórmula que hizo fortuna: “El Imperio Otomano es el hombre enfermo de Europa”. ¿Qué hacer frente a las ambiciones de aquel a quien Dostoyevski llamaba “el gigante”? ¿Sobre qué fuerzas se pudiera uno apoyar para resistir a semejante presión? ¿Sería posible encontrar un compromiso con los Rusos? ¿Con qué otras potencias europeas se podría contar?

* Director de Investigación. Estudios turcos y otomanos en el C.N.R.S. (París)

A partir del último cuarto del siglo XVIII, la presencia otomana en Europa se encuentra doblemente amenazada: desde el exterior por las miras austriacas y las apetencias rusas, y, desde el interior, por las aspiraciones de las poblaciones cristianas a la autonomía y a la independencia. Tal es el sentido de la famosa cuestión de Oriente: ¿Podrá el Imperio Otomano mantenerse en Europa? Y si no puede, ¿quién lo remplazará?

El Imperio Otomano, potencia europea. En el momento de su mayor extensión, el Imperio Otomano ocupaba no sólo los Balcanes sino también una parte de la Europa central y oriental. Quedan numerosos testimonios de esta presencia en Europa: grupos de poblaciones islamizadas, monumentos, buen número de palabras de origen turco en las diferentes lenguas balcánicas y en el húngaro. A pesar del retroceso territorial iniciado en el siglo XVII, en 1800 prácticamente aún todos los Balcanes eran otomanos. Sin embargo en 1914 no le queda al Imperio más que la porción contigua, la Tracia oriental (con Estambul): si se mira al punto de partida (1800) y al punto de llegada, el Imperio fue cada vez menos europeo.

Recordemos brevemente las diferentes fases de este retroceso en el continente europeo en el siglo XIX. Primera fase, en los años 1820, el Imperio cede terreno por el hecho del empuje de los movimientos de liberación nacional: independencia de Grecia en 1830, autonomía de Serbia en 1829, que será seguida por la de las provincias rumanas en 1859. Segunda fase: las revueltas en los Balcanes y la guerra ruso-turca de 1877-78 aceleran el retroceso; sólo frente a los rusos, los otomanos se desploman, lo que acarrea la pérdida definitiva de Serbia, Rumanía, Tesalia (que se integra en Grecia) y una parte del Epiro; territorios como Bosnia-Herzegovina (ocupada por Austria-Hungría) y Bulgaria (convertida en Principado autónomo) no dependen más que nominalmente de Estambul. Tercera fase del retroceso: tras la revolución de los “Jóvenes Turcos” de 1908, Bulgaria proclama su independencia, Austria-Hungría anexiona Bosnia-Herzegovina, Creta se une a Grecia. Después, en el momento de las guerras balcánicas (1912-1913), el Imperio Otomano pierde sus últimas posesiones en Europa, Albania, Macedonia y Tracia occidental, queda sólo la Tracia oriental (con Andrinópolis) y la capital Estambul.

Hay por tanto una tendencia general a que se vaya borrando de Europa las trazas del Imperio Otomano. Pero esta visión general es en parte engañosa. Por de pronto, el retroceso no ha sido continuo: ha habido pausas durante las cuales la situación se estabilizaba. Por otra parte conviene señalar que fue tan sólo al final del Imperio, al término de las guerras balcánicas —es decir, sólo una decena de años antes de que pasara a la historia—, que los Balcanes se perdieran completamente. Aún en 1900, el Imperio tenía acceso al Adriático, comprende una parte del Epiro, Macedonia, Tracia. Dicho de otra manera, hasta el final el Imperio Otomano continuó siendo una “potencia europea”.

¿Qué representaba esta parte del Imperio? No era marginal ni periférica; en 1877, al describir el reflujo de refugiados turcos de los Balcanes huyendo de los ejércitos rusos, el corresponsal de *Le Temps* en Estambul empleaba un término significativo llamándoles los “Turcos del interior”. De hecho, se trataba

del corazón del Imperio. Históricamente, los otomanos se asentaron muy pronto en los Balcanes, a mitades del siglo XIV, un siglo antes de la toma de Constantinopla. Establecieron allí su segunda capital, Edirne (Andrinópolis), en 1361. Se componía de poblaciones turcas —a veces en masas compactas— y de poblaciones locales islamizadas. La Turquía de Europa o Rumelia, como en la época se la llamaba a menudo, era la ventana del Imperio sobre Occidente, una región en la que se encontraban ciudades entre las más modernas del Imperio —como Salónica— y provincias entre las más ricas. El movimiento de los Jóvenes Turcos se organizó partiendo de Macedonia y los mismos Jóvenes Turcos eran en su gran mayoría originarios de la Turquía de Europa.

El Imperio Otomano ha sido pues, prácticamente hasta el fin de su existencia, una potencia europea, incluso aunque, más aún que el Imperio de los Zares, haya merecido ser llamado “potencia pobre”, una “potencia pobre” codeándose con las grandes potencias europeas.

Europa en el Imperio Otomano. De forma paralela se produce en el siglo XIX otro fenómeno, el crecimiento de las influencias europeas en el Imperio. La presencia europea en el Imperio no empieza ciertamente en esta época: diplomáticos, comerciantes y aventureros de toda especie estaban allí establecidos desde hacía tiempo. Se fueron constituyendo colonias en los puertos de Levante, formando lo que se llama los Levantinos.

Sin embargo, en el curso del siglo XIX la presencia europea conoce un crecimiento espectacular. La primera etapa es la “apertura” del Imperio (1838-40) al liberalismo económico. Tratados comerciales, obtenidos a cambio del apoyo a Estambul contra Mohamed Ali, liberan de trabas al espacio otomano y permiten una expansión de los intereses comerciales en el Imperio. Durante la guerra de Crimea (1854-1856), el Imperio combate contra Rusia y al lado de los ingleses y los franceses, marcando otro giro: surge en efecto la creación del primer banco con capitales europeos, el comienzo de la construcción de la primera línea de ferrocarril con inversiones extranjeras, el lanzamiento del primer empréstito: la penetración europea ya no es sólo comercial, sino igualmente industrial y financiera. El telégrafo une Estambul con Europa en 1855 —el primer telegrama enviado a Europa anuncia la toma de Sebastopol—, y el francés se convierte en la lengua utilizada por el servicio diplomático turco.

Comienza la fase “imperialista” en el último cuarto del siglo XIX. Desde 1900, las grandes ciudades portuarias del Imperio, las “escalas” de Levante son “pequeñas Europas” que participan de “la belle époque”. Los europeos establecidos en el Imperio aprovechan las condiciones favorables: del clima liberal fruto de las capitulaciones, de la protección eficaz de las redes consulares, de la ausencia de movimientos xenófobos como los que existen en la misma época en China.

La presencia europea en el Imperio se ha venido diversificando mucho. A las poblaciones de las viejas colonias levantinas, de los comerciantes, de los aventureros en busca de una nueva vida (éstos serán más tarde absorbidos

por las colonias) han venido a añadirse los refugiados políticos que huyen de la represión de las diferentes oleadas revolucionarias en Europa (1830-1848-49, 1863), más tarde, a fines del siglo XIX, expertos, consejeros, comerciantes, docentes, misioneros, banqueros, corredores y agentes comerciales, empleados de sociedades extranjeras, pero también europeos que están de paso como los turistas, o los arqueólogos... Los europeos se han establecido sobre todo en las grandes ciudades levantinas, como Salónica, Beirut, Esmirna, Estambul, donde a finales del XIX habría quizá 100.000 extranjeros, cifra que atestigua la dificultad para distinguir a los europeos de los otomanos no musulmanes protegidos por las embajadas y los consulados. Pero los europeos también penetraron en el corazón de Anatolia, donde los misioneros, los cónsules y los comerciantes establecieron sus redes. La presencia de Europa también está en el terreno económico, con las grandes empresas de capitales europeos, los bancos, las sociedades ferroviarias, las instalaciones portuarias; en la sociedad, pues, existe una "occidentalización" en el género de vida: por ejemplo, en la moda, los usos en la mesa, el vestido. Finalmente esta presencia fue también cultural, de lo que son testigos el número de periódicos, de escuelas y de instituciones de caridad dirigidas por europeos.

El Imperio Otomano y toda Europa. En el curso de su historia, el Imperio Otomano ha estado en relaciones con Europa en toda su diversidad geográfica, desde la Europa mediterránea (Grecia, Italia, España, las islas del Mediterráneo), hasta la Europa oriental (Rusia, el Cáucaso): una especie de arco de circunferencia que va desde Gibraltar hasta el mar Negro.

La visión historiográfica dominante del Imperio otomano tiende a reducir Europa a la Europa occidental, especialmente a Francia e Inglaterra. Esta perspectiva está ligada a la historia de las élites occidentalizadas, fascinadas por Londres y París que los historiadores occidentales han tenido a bien privilegiar por el efecto de espejo que les reflejaba. En realidad, los otomanos no han tenido siempre los ojos fijados en la Europa occidental, y sus miradas han sido mucho más diversificadas. Cuando han establecido relaciones diplomáticas, en la época de Selim III, han enviado embajadores no sólo a Francia e Inglaterra, sino también a Prusia y a Austria. En la época de las reformas les ha interesado vivamente la organización de un país como Prusia que ofrecía el modelo de un orden y de una organización militar al que aspiraban. También tuvieron ocasión de mirar hacia el lado de Rusia: como Francia después de la derrota de 1871 ha podido inspirarse en su vencedor alemán, así también los otomanos después de 1878; ocurrió por ejemplo que tomaron el modelo de los Cosacos y crearon regimientos kurdos hamidiye para asegurar el orden en su frontera oriental

En el siglo XIX, la proximidad de Europa no era solamente una cuestión de vecindad y de contigüidad. La navegación a vapor a partir de los años 1830 ha acercado Estambul a los puertos del Mediterráneo occidental; Marsella no estaba a más de diez días de la capital otomana. Los primeros ferrocarriles estrecharon los lazos del Imperio con la Europa central, antes de que el enlace del Orient Express, en 1888, colocara a Estambul a tres días de París; un observador europeo de la época veía en esta nueva vía férrea "la conquista de

la ciudad (de Estambul)", "la anexión de Constantinopla al mundo occidental". Pero para los otomanos era de hecho el "Occident Express" quien de pronto les acercaba a las grandes capitales europeas. A principios del siglo, la administración de los ferrocarriles austriacos publicaba una guía de Budapest en lengua turca, tan numeroso era el número de otomanos que se dirigían a la capital húngara, para ellos, la puerta de entrada de Occidente.

Los otomanos han acumulado por tanto a lo largo de los siglos una experiencia de toda Europa. He aquí una diferencia considerable respecto a una situación colonial. Para las poblaciones colonizadas, Europa se reducía a menudo a la metrópoli, tanto más cuanto que la "preferencia imperial" tendía a reforzar esta relación bilateral; la capital de la metrópoli era muy a menudo una "super capital" de la colonia. Nada semejante entre los otomanos: han podido mantener unas relaciones y desarrollar un conocimiento del conjunto de los países europeos entre los cuales eran capaces de hacer comparaciones. Casi se podría decir, usando una expresión a la moda, que "hacían la compra" entre las potencias europeas.

En los años 1830, el teniente prusiano y futuro mariscal von Moltke de la guerra de 1870-71, llegado al Imperio Otomano para levantar una carta topográfica, atestiguaba sobre el ejército otomano reformado por el sultán Mahmud II después de la supresión de los Jenízaros: "Un ejército de modelo europeo, con túnicas rusas, un reglamento francés, fusiles belgas, turbantes turcos, sillas de montar húngaras, sables ingleses, e instructores de todas las naciones". Naturalmente, con su rígido patriotismo prusiano, Moltke se burlaba del carácter heteróclito de este nuevo ejército otomano.

A un siglo de distancia, Mustafa Kemal Atatürk no haría otra cosa cuando edificó la República turca. Por ejemplo, cuando se trató de dotar al nuevo Estado de una legislación moderna, hará adoptar en 1926 un código civil inspirado en el código civil suizo, un código penal de modelo italiano y un código de comercio derivado de la legislación francesa. Del mismo modo que Mahmud II había hecho de un ejército equipado diversamente un ejército otomano, así también Atatürk hará con el conjunto de esos códigos de inspiración diversa una legislación turca. Cuando decidió el abandono del alfabeto árabe a favor de las letras latinas, hará que un comité *ad hoc* estudie los sistemas alfabéticos de las diferentes lenguas europeas, antes de producir un sistema específico, el "alfabeto turco de base latina", como se decía en la época, expresión que satisfacía a la vez el deseo de acercarse a Occidente y el sentimiento de una identidad nacional.

Ciertamente, algunas potencias europeas han tenido posiciones dominantes en algunas épocas: tal es el caso de la Gran Bretaña en el plano diplomático en la época de los Tanzimat. A partir de los años 1880, Alemania ocupa una posición hegemónica en el terreno militar: pero precisamente en el momento en que los oficiales alemanes aconsejaban al estado mayor y en que Krupp y Mauser equipaban al ejército otomano, Francia ocupaba una posición ampliamente dominante en el terreno cultural: cuando los oficiales alemanes querían comunicarse con sus homólogos turcos, lo hacían a través del francés.

Un deseo de civilización. La superioridad de Europa en el siglo XIX ha constituido para los Otomanos un verdadero reto: ¿cómo alcanzar su nivel de desarrollo? ¿Cómo salvar el retraso acumulado? ¿Habría para ello que recogerse en sí mismo o al contrario abrirse a Europa? A partir de fines del siglo XVIII la respuesta otomana ha sido, con altos y bajos, emprender reformas inspiradas en la mayoría de los casos en modelos europeos, en el terreno militar, en las instituciones centrales, la administración y la legislación. A fin de cuentas el Imperio se encontró profundamente transformado: el sultanato “despótico” de la época clásica se ha convertido, oficialmente, en un régimen parlamentario, y el sistema de mínimo gobierno en un poder centralizado.

Pero más allá del objetivo de transformar el Estado central, las reformas otomanas buscaban otra finalidad: hacer que el Imperio alcanzase la “civilización”. Inventada a mediados del siglo XVIII, en la época de las Luces, popularizada en Francia por Guizot en la época de la Restauración, la idea de civilización ha sido adoptada muy rápidamente por las élites otomanas. Hija de las luces, la civilización tenía a sus ojos la inmensa ventaja de hacer aparecer al Occidente en trajes seculares más que cristianos. Desde los años 1830, la idea de “civilización” aparece en otomano bajo la forma del neologismo *sivilizasyon*, antes de que, en la época de los Tanzimat, la palabra *medeniyet*, término abstracto formado sobre el árabe *medenî* (habitante de la ciudad, urbano) no acabase de imponerse en el léxico político. Desde entonces, el leitmotiv de los dirigentes otomanos ha sido “entrar en la civilización”, “formar parte de la familia de las naciones civilizadas”, “estar civilizado”. Al crear el Estado turco republicano, Mustafa Kemal Atatürk no ha hecho sino seguir esta directriz: “Debemos encontrar nuestro puesto en la familia de las naciones civilizadas”. Las “seis flechas” adoptadas como emblema por su partido, el Partido Republicano del Pueblo en 1931 —nacionalismo, populismo, republicanismo, reformismo, estatismo y laicidad— apuntaban a un solo y mismo blanco: la “civilización”.

Lo que es chocante en el caso otomano es que ha habido una especie de consenso sobre el hecho de que había que modernizarse y formar parte de las naciones “civilizadas”. Marcada diferencia con el caso de Rusia. En la época en que el Imperio Otomano se lanzaba a una política de reformas a la occidental (los Tanzimat), el Imperio de los Zares se hundía en un debate entre eslavófilos y occidentalistas, rechazando los primeros la “civilización occidental”, factor de depravación y de degeneración, y deseando replegarse sobre los valores específicamente rusos y eslavos. En el Imperio Otomano, semejantes llamamientos a un repliegue sobre la “tierra otomana”, sobre las “virtudes campesinas”, sobre la “comunidad campesina”, fueron muy limitados por no decir inexistentes. En el fondo, para decirlo con una sola palabra, no ha habido una “Turquía profunda” que se hubiese podido proponer como alternativa válida y viable a la modernización de tipo occidental.

El *maître à penser* de la Turquía moderna y al mismo tiempo uno de los pioneros del nacionalismo turco, Ziya Gökalp (1876-1924), ha reflexionado a lo largo de toda su obra sobre este problema y expresaba la opinión ampliamente

mayoritaria entre las élites otomanas: en su espíritu existía la civilización (*medeniyet*) que era internacional y concernía al terreno de las técnicas, y la cultura (*hars*) que expresaba los valores nacionales y espirituales. Los turcos podían acceder a “la” civilización a la vez que conservaban su identidad nacional (turca) y religiosa (islámica) si se producía un intercambio entre las élites, depositarias de la civilización, y el pueblo, depositario de la cultura nacional.

La pregunta fundamental para los otomanos no era pues “¿debemos tomar prestado del Occidente?”, sino “¿hasta dónde tenemos que tomar prestado del Occidente?”, a fin de conseguir el mismo grado de desarrollo que él. ¿Deberíamos limitarnos a los aspectos técnicos e industriales, o habría que ir más lejos, hasta los modos de pensamiento y los valores de Occidente? Está claro que la civilización técnica e industrial ha fascinado a los otomanos. No hay más que ver el entusiasmo suscitado por las exposiciones universales, estas grandes vitrinas del progreso, y recordar que el solo y único viaje efectuado por un sultán otomano —el sultán Abdülaziz— tenía por objeto, precisamente, la visita a la exposición universal de París en 1867. Al mismo tiempo que los otomanos aspiraban a alcanzar al Occidente, se negaban a la “hiper-occidentalización”: el tema favorito de los primeros novelistas otomanos era el de los dandis imitando de una manera ridícula la moda de París. El deseo de modernizarse sin por ello perder su identidad nacional o religiosa condujo a los otomanos a interesarse por el Japón de la era Meiji; éste presentaba el ejemplo perfecto de un Estado en su acceso a la modernización conservando sus valores y su ética. “Queremos ser el Japón del Oriente Medio”, decían los Jóvenes Turcos tras la revolución de 1908.

La cuestión de Occidente. Desde fines del siglo XVIII , las élites otomanas han tratado de hacer entrar al Imperio en el concierto europeo y en el círculo de las naciones “civilizadas”. Hay que reconocer que, a pesar de sus esfuerzos, han fracasado, si se exceptúa la época de la guerra de Crimea, cuando el Imperio Otomano fue oficialmente admitido en el “concierto europeo”. Las grandes potencias no han cesado de hacer presión sobre los dirigentes otomanos para que emprendan reformas. Pero por reformas entendían el mantenimiento de sus privilegios (las “capitulaciones”), la mayor apertura del Imperio a los intereses europeos, la protección y la autonomía de las comunidades cristianas. Los esfuerzos de reforma emprendidos por el Estado otomano —desde los Tanzimat a la constitución de 1876— fueron descalificados como si fuesen otros tantos biombos destinados a engañar a Europa, otros tantos signos de duplicidad. Desde este plano, la historia de la constitución otomana es ejemplar. Los otomanos se dieron una constitución en 1876, 30 años antes que el Imperio de los Zares. La proclamación de esta constitución fue acogida con una desconfianza profunda por las grandes potencias que no vieron en ella sino una grosera maniobra de diversión. Luego, cuando fue suspendida, reclamaron su aplicación. Cuando se restableció el texto constitucional en 1908, de nuevo desconfianza ¿Y si fuera un mal ejemplo para los territorios coloniales?

Este es uno de los aspectos de esta “cuestión de Occidente” para los otomanos: sus esfuerzos para formar parte del club de los países “civilizados” nunca han encontrado sino escepticismo y desconfianza por parte de Europa. Hay otro aspecto, de naturaleza diferente, pero no menos fundamental. La experiencia de Europa entre los otomanos ha sido considerable, en la medida de sus esfuerzos por mantener la integridad del Imperio a través de un juego de equilibrio entre las potencias. Esta experiencia se ha traducido en una práctica diplomática a toda prueba. Pero no ha desembocado en un conocimiento profundo de Europa. Mientras la ciencia europea echaba las bases de un saber “orientalista”, nada igual se desarrollaba simétricamente entre los otomanos. Citemos a este propósito una anécdota significativa: el escritor y publicista Ahmet Midhat Efendi (1844-1912), que jugó un papel capital como vulgarizador y enciclopedista, y eso sin haber salido nunca del Imperio, viajó finalmente a Europa. Pero, ¿por qué motivo? Para participar en 1889 en Estocolmo en el Congreso de Orientalistas. Para compartir con los especialistas europeos su saber y su experiencia sobre las sociedades orientales, y para ser reconocido por ellos. Los otomanos han buscado fuera un reconocimiento de sí mismos, tanto como un conocimiento del otro. La otra razón es que la relación con Europa se ha hecho siempre en una situación de urgencia, como una respuesta a una situación interior de crisis. El saber europeo incorporado por el Imperio ha sido, en un principio, militar, para responder al reto militar de Austria y de Rusia en el siglo XVIII. Las amenazas políticas del siglo XIX han producido respuestas de tipo institucional. La toma de conciencia del retraso económico en relación con Europa y de sus efectos deletéreos sobre la situación del Imperio han provocado la adopción de soluciones extraídas del pensamiento económico, de la misma forma que la descomposición del orden social otomano ha conducido a tomar elementos de la sociología europea. Dicho de otro modo, la adquisición de estos nuevos saberes se ha hecho en respuesta a retos *hic et nunc*. Se han comportado como “empíricos”, como “medicinas” destinadas a aliviar al “hombre enfermo”. Pero ciertamente no como conocimientos capaces de curarlo.